

La casa por el tejado, la carreta delante de los bueyes o “negocio a la vista”

El pasado 25 de junio José Luis Bilbao, diputado general de Bizkaia, anunciaba un insólito proyecto: la construcción de un nuevo museo Guggenheim en Urdaibai. Con muy escasos datos presentaba esta idea como una forma de revitalización económica para la comarca, una especie de “reclamo” que atraerá visitantes a esta Reserva de la Biosfera, al tiempo que ampliará la estancia media de los turistas que en estos momentos pernoctan en Bilbao. Se presenta como una medida extraordinaria para hacer frente a la crisis económica, junto con la construcción de seis nuevas autovías en el territorio vizcaíno.

En estos pocos días, diversos agentes sociales y políticos han dado a conocer sus valoraciones. Los representantes municipales de la comarca han mostrado su apoyo al proyecto e incluso ofrecido posibles ubicaciones. No obstante, la mayor parte de las valoraciones que han llegado a la prensa han sido críticas, y se han centrado, entre otros aspectos, en el oscurantismo y la falta de transparencia con que se ha llevado a cabo, en la imposición de una segunda franquicia de un proyecto que más que cultural es empresarial, en cuestionar la inversión para ese museo de 100 millones de euros (la parte que ha reservado la Diputación) en lugar de dedicarlos a fines sociales, en resaltar la falta de participación social, o en poner en duda los pasos que deben guiar la construcción de equipamientos culturales, como sería el caso de un museo.

Llegados a este punto queremos aportar un punto de vista ecologista a este debate recién iniciado, a pesar de que por parte de la Diputación de Bizkaia no parece haber ningún interés en que se discuta en la sociedad sobre la pertinencia de este museo en Urdaibai o, en un sentido más amplio, acerca de cuál es el papel de las instituciones ante una crisis económica. En primer lugar, es preciso aclarar que una óptica ecologista significa compromiso con la defensa de los valores naturalísticos, culturales y sociales de Urdaibai, pero también trabajo a favor de un modelo de desarrollo económico y social de la comarca, que respete esos valores naturalísticos. Esas son las señas de identidad de una reserva de la biosfera: compatibilizar conservación y desarrollo. Que la conservación genere formas de desarrollo y calidad de vida superiores y, al mismo tiempo, que las actividades humanas no pongan en riesgo los recursos naturales (fauna, flora, agua, tierra, paisaje, atmósfera, etc.) que las sustentan.

Partiendo de este planteamiento, no se puede decir sí o no a un proyecto del que desconocemos casi todo. En Urdaibai puede construirse un museo, siempre que respete las normas que rigen la gestión del territorio y de sus recursos, al igual que ocurre con cualquier otra actividad humana (agrícola, forestal, industrial, de vivienda, de comunicaciones, etc.). Expresado con sencillez, no plantearía problemas especiales su ubicación en un área urbana, como es el caso de los principales núcleos de la comarca, esto es, Gernika o Bermeo. No obstante, asistimos con creciente preocupación a las declaraciones que se inclinan por posibles localizaciones en espacios rurales. Thomas Krens señalaba en una entrevista publicada el 28 de junio que su elección “sería ponerlo en un maravilloso emplazamiento rural, lejos de cualquier otro edificio y donde disfrutar de la naturaleza”, aunque también se inclinaba por situarlo al borde de la ría o en un acantilado. Estas visiones netamente urbanícolas traslucen un planteamiento en el que la naturaleza es simplemente un recurso al servicio de un fin. Es perfectamente entendible el desconocimiento por parte de Krens de las características de la Reserva de la Biosfera de Urdaibai. Más preocupante nos parece que se haya lanzado una especie de carrera entre los alcaldes de la comarca para ver quién se lleva el gato al agua y logra para su municipio esta segunda sucursal museística. Algún edil jeltzale incluso se pavoneaba estos días diciendo que la decisión estaba ya tomada. No parece el mejor ejemplo de participación ciudadana y de prudencia en la gestión de los intereses públicos.

Entre las leyendas urbanas asociadas a la construcción del Guggenheim Bilbao se cuenta que Frank Gehry eligió su ubicación junto a la ría del Nervión al sobrevolar en helicóptero la ciudad. Esperamos que, en caso de que el proyecto vaya hacia adelante, los criterios de racionalidad sean los que guíen la posible localización del espacio idóneo para ese tipo de equipamiento cultural. Si algo es exportable en el caso del museo bilbaíno, se esté más o menos de acuerdo con el modelo urbanístico en que se ha convertido Abandoibarra, es el de haber actuado como

revitalizador de un área urbana degradada, el haber contribuido a la recuperación de un espacio extenso y de un larga cornisa fluvial. El carácter vanguardista del edificio y de las colecciones y exposiciones que alberga no tiene por qué estar reñido con unos fines sociales y, desde luego, tampoco debe suponer una amenaza a la calidad ambiental del entorno en que se construya. El resto de sedes de la Fundación Guggenheim se sitúan en espacios netamente urbanos: es el caso de la propia sede central de Manhattan, construida por Wright; igual que el edificio de la sede en Berlín, que es tan solo parte de una manzana propiedad del Deutsche Bank, en pleno centro de la ciudad; la sede de Venecia aprovecha un palacio junto a uno de los canales para exponer la colección de Peggy Guggenheim. Podríamos enumerar otros proyectos, desechados o en curso, que se asocian a áreas urbanas (segundo edificio en Nueva York, París, Las Vegas, Dubai, Sao Paulo...).

Urdaibai es una Reserva de la Biosfera que nació con el objetivo de servir de laboratorio para experiencias de desarrollo sostenible que pudieran ser exportables al resto del territorio. Durante estos años hemos visto con tristeza que la presión urbanística crecía y que la mayor parte de los proyectos que se pretendían desarrollar en Urdaibai se ligaban más a planteamientos desarrollistas, de dinero rápido y especulación. La pesca, la agricultura, la ganadería, la silvicultura, una buena parte de las actividades industriales con tradición en la comarca o el comercio han ido decayendo en nuestra comarca sin que hayamos visto planes de revitalización o impulso a la modernización de los sectores mencionados por parte de los departamentos del Gobierno Vasco y de la Diputación competentes en esas materias. Ante el anuncio de la construcción del nuevo museo Guggenheim creemos que debe aplicarse el principio de precaución, un respeto escrupuloso a la legalidad y a las normas que nos hemos dado. Esto significa estudiar todas las alternativas viables y elegir aquélla que suponga mayores ventajas sociales y ambientales, y no guiarse sólo por los criterios económicos o del nombre del posible arquitecto que desarrolle la idea. Y también significa abrir el proyecto a la participación de los agentes sociales, faceta que hasta el momento ha estado ausente y que significa un déficit en la manera en cómo se está gestionando.

Para acabar, una última reflexión. La asociación de la posible ubicación de esta segunda sede del Guggenheim con la construcción de una autovía de 11,5 kilómetros entre Zornotza y Muxika carece de toda lógica. Establecer esa relación obedece sólo a criterios oportunistas y esconde las auténticas intenciones. La Diputación de Bizkaia anuncia que supondría un ahorro de 13 minutos. ¿Estamos locos? Gastar cientos de millones de euros para ahorrar 13 minutos se califica por sí mismo. Podría entenderse que el objetivo fuese corregir en el trazado de la actual carretera las curvas con peraltes contrarios, mejorar la seguridad de los ciclistas que frecuentan esta ruta, poner las defensas que reclaman los motoristas, etc., que están en el origen de un buen número de accidentes de carretera y de víctimas.

Dejamos para otro artículo de opinión una reflexión más detenida sobre el proyecto de autovía. Pero, por el momento, nos parece exigible que se desligue del proyecto de museo.

Urdaibai, 29 de junio de 2008